

Lo posible se hizo real. La Revolución de octubre cien años después. ¹

The possible became real. The October Revolution one hundred years later

Joaquín Aparicio

Universidad de Castilla-La Mancha

1. “El mundo va a cambiar de bases, lo nada de hoy todo han de ser”, dice un verso de la Internacional que expresa la esperanza de una gran mayoría de la población de vivir en un mundo en el que impere la justicia social con pleno disfrute de la igualdad y la libertad. Un mundo en el que se viva “sin trabas que obstaculicen nuestro pleno desarrollo” y todos los seres humanos gocen del “derecho a participar equitativamente de los bienes naturales y de los frutos de nuestro trabajo”². En los inicios del siglo XX las organizaciones del movimiento obrero, sus partidos y sindicatos, veían el advenimiento de ese mundo a través de los cambios profundos de la sociedad que traería la revolución, continuando así la línea de la Gran Revolución inglesa del siglo XVII, la francesa de 1789, el ciclo de revoluciones de 1848 y, en especial, la Comuna de París de 1871. A partir de la Comuna la revolución que movilizaba a los trabajadores no era meramente política, sino una que cambiase toda la estructura de las clases sociales, el Estado mismo y supusiese una ruptura con el pasado para inaugurar un mundo nuevo en el camino de una sociedad sin clases y sin Estado.

Todos los partidos que integraban la II Internacional, los grandes partidos socialdemocráticos, tenían la revolución socialista en su horizonte de futuro,

¹ Este texto aparecerá como introducción al famoso libro de John Reed *10 días que estremecieron el mundo*, que en breve publicará la editorial Bazarzo.

² J. Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Crítica, Barcelona, 2017, p. 11.

pero cada vez más la conducción de su acción a través de la vía parlamentaria hacía que ese horizonte fuera un sueño lejano al que algún día se llegaría en una progresiva evolución, siguiendo unas supuestas leyes del desarrollo del capitalismo, pero no renegaban la idea misma de la revolución socialista como transformación profunda de la sociedad porque estaba fuertemente anclada en los anhelos de los trabajadores, de los que no podían alejarse, aunque en la práctica la acción revolucionaria estaba ausente. Y un tanto inesperadamente la revolución socialista llegó donde no parecía previsible, en un país como Rusia poco industrializado, con una mayoría de campesinos, entre los que abundaba el analfabetismo, y por ende con una minoría de obreros industriales que se suponía tenían una más alta conciencia de clase y preparación política. Desde febrero hasta octubre de 1917 se dio en aquel país una rapidísima sucesión de hechos que dieron lugar a que a finales de ese último mes el partido bolchevique alcanzara el poder con un programa cuyo objetivo directo e inmediato era instaurar la sociedad socialista. John Reed relata en este libro de modo magistral aquellos acontecimientos que hicieron que desde entonces el mundo no sea el mismo. Lo que era más o menos utópico dejó de serlo para hacerse real.

Aquella revolución ha sido denostada, vilipendiada, ensalzada o mitificada, pero solo quienes manipulan la historia desde el presente y con gran sectarismo se atreven a negar su enorme influencia en el curso de los acontecimientos del siglo XX. No puede desconocerse la enorme potencia que tuvo, precisamente porque “supuso la materialización de una utopía alimentada secularmente”³, solo así se explica, como más adelante se señalará, que el Estado que surgió de ella se mantuviese, a pesar del acoso de la contrarrevolución, que desató una cruel guerra civil con la intervención de las más importantes potencias extranjeras. Aquel Estado se mantuvo como una alternativa al capitalismo, aunque transmutando profundamente de la idea primigenia que sobre él se tenía durante la revolución y adoptando terribles prácticas. Es más, tuvo capacidad suficiente como para derrotar militarmente al nazismo en 1945, aún pagando un altísimo precio de destrucciones materiales y de vidas humanas. La desaparición de la

³ J. Andrade, “Los tiempos de la revolución rusa (1917-2017)”, en J. Andrade y F. Hernández Sánchez, *1917 La Revolución rusa cien años después*, Akal, Madrid, 2017, p. 7.

URSS en 1991 no impide que algún autor, con sólido fundamento, haya podido calificar al siglo XX como “el siglo soviético”⁴.

La de octubre reverdeció la fuerza de la palabra revolución, que para los socialdemócratas alemanes de inicios del siglo XX había ido perdiendo vigor, como Hannah Arendt destaca en su ensayo sobre Rosa Luxemburgo, quién a su vuelta a Alemania después de la experiencia de la fallida revolución rusa de 1905 “trató de discutir los hechos con sus amigos en el partido alemán, pero descubrió que la palabra *revolución* se convertía en un conjunto de sílabas sin sentido “tan pronto entraba en contacto con una verdadera situación revolucionaria”. Los socialistas alemanes estaban convencidos de que esas cosas solo podían ocurrir en tierras lejanas y bárbaras”⁵. Soboul, en uno de sus estudios de madurez sobre la revolución francesa, constataba que “la palabra, desde entonces, no ha perdido nada de su valor ni de su fuerza. Suscitando el fervor o el odio, el miedo o la esperanza, permanece viva en la conciencia de los hombres de nuestro tiempo. “Llama, ¿cómo debiste ser –se pregunta Michelet- cuando tus cenizas queman todavía?”⁶. Los revolucionarios de octubre pensaban que esa llama prendería pronto por otros muchos países desatando la revolución socialista mundial, pero a partir de 1920 ya se vio que no iba a ser así, lo que condicionó devenir de aquel Estado recién alumbrado. Sin embargo, aunque de modo no lineal, fue prendiendo aquí y allá por el ancho mundo, siendo de destacar por su importancia la revolución China, e inspiró poderosamente al movimiento descolonizador de la segunda mitad del siglo.

2. La revolución de octubre, heredera como se ha dicho de las grandes revoluciones inglesa y francesa, no puede separarse de la agitación social que sacudió Europa y otros lugares del mundo, como México. No fue “un fenómeno aislado en la primera década del siglo XX, sino el remate a cincuenta años de

⁴ Es el título del libro de Moshe Lewin, *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona, primera edición en 2006 y nueva edición en 2017.

⁵ H. Arendt, Prólogo a *La Revolución rusa*, de Rosa Luxemburgo, Página indómita, Barcelona, 2017, p. 49. Este prólogo es un ensayo que Arendt publicó en 1966 con ocasión de la aparición de una biografía de Rosa Luxemburgo.

⁶ A. Soboul, *La revolución francesa. Principios ideológicos y protagonistas colectivos*, Crítica, Barcelona, 1987, p. 12.

revoluciones e insurgencia en un mundo en el cual la agitación social y política iban más allá del *glamour* de la *Belle Époque*⁷.

Las condiciones de vida de las clases trabajadoras eran de extremada dureza, y aunque las primeras leyes sociales que las luchas obreras fueron arrancando aliviaban un poco su situación, no por ello dejaba de considerarse “la miseria general reinante en los grandes centros industriales como un fenómeno natural que no podía evitarse; todo lo más mitigarse”⁸. Los sindicatos, excepto en Rusia en donde estaban prohibidos y perseguidos, eran reconocidos o tolerados en los primeros 14 años del siglo, pero la represión estatal mediante el empleo del ejército y la policía para sofocar los conflictos de trabajo era habitual, a lo que se sumaba la represión privada de los empresarios que mediante el despido de trabajadores y las listas negras ponían en práctica el chantaje del hambre para buscar sumisión.

Al principio democrático le costaba mucho abrirse paso en los regímenes liberales anteriores a la Gran Guerra. Ni los trabajadores tenían medios adecuados para conseguir una tutela judicial efectiva, ni el derecho al sufragio universal estaba reconocido, más bien, al contrario, era común el sufragio censitario, lo que se correspondía bien con monarquías semiautocráticas que sofocaban un parlamentarismo demediado, como era el caso alemán. El derecho al voto femenino fue reconocido por la Revolución de octubre, siendo Rusia uno de los primeros países en hacerlo. En realidad, el sufragio universal “solo llegó a Europa tras el fin de la Gran Guerra”⁹, lo que es como decir que llegó al calor de la revolución rusa. Así fue en Alemania, en Austria o Gran Bretaña en donde el sufragio masculino y femenino no se igualó a los 21 años hasta 1928 (aunque en 1918, muy probablemente para alejar de las mujeres el atractivo de la revolución, se les reconoció ese derecho a partir de los 30 años mientras que los hombres lo tenían a los 21). Del mismo modo las repúblicas parlamentarias no hicieron acto de presencia en la Europa central hasta ese mismo momento en el que con el fin de la Guerra desaparecieron las monarquías de los Hohenzollern y los Habsburgo.

⁷ F. Veiga, P. Marín, J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres*, Alianza Editorial, Madrid, 2017, p. 17.

⁸ W.J. Mommsen, *La época del imperialismo*, Siglo XXI, Madrid, 1987, p. 87.

⁹ A. Domenech, “El experimento bolchevique: la república, la democracia y los críticos marxistas de su tiempo”, en J. Andrade y F. Hernández Sánchez, *1917. La Revolución rusa...cit.*, p. 110.

La agitación social como reacción frente a las situaciones de explotación e injusticia, hizo evidente que la “cuestión social”, como se acostumbró a decir, era una de las tareas que debían encarar los poderes públicos y para ello la represión no podría ser la única vía, aunque nunca, incluso hoy, se ha abandonado. Se fue haciendo evidente que algunas medidas de reforma social eran necesarias, aunque los sectores más reaccionarios y conservadores de las clases dirigentes opusieran fuerte resistencia a la misma. La creación en España, en 1883, de la Comisión de Reformas Sociales, continuada más tarde por el Instituto de Reformas Sociales tenían como misión, no solo la elaboración de estudios sobre la condición de la clase obrera y la preparación técnica de los proyectos legislativos en materia social, sino también contribuir a la creación de un clima ideológico que facilitara la aceptación social de las reformas, contestadas, como se acaba de decir, por poderosos sectores de la oligarquía pero también por las organizaciones de trabajadores que las consideraban insuficientes.

Los poderes públicos trataban de justificar la legislación social haciendo ver a las clases dirigentes cuanto resultaba en su favor porque iba dirigida al mantenimiento del orden establecido, evitando que el descontento de los trabajadores diera al traste con toda la estructura de la sociedad de clases. Es el “reformismo del miedo” que han destacado los historiadores¹⁰, del que la legislación sobre seguros sociales de Bismarck es un ejemplo señero y que después, con la revolución rusa, se acentuó. En el mensaje imperial al Reichstag leído por Bismarck en nombre del káiser Guillermo II el 17 de noviembre de 1881 se dice: “Ya en febrero de este año hemos manifestado nuestro convencimiento de que la superación de los males sociales no puede encontrarse exclusivamente por el camino de reprimir los excesos socialdemócratas, sino mediante la búsqueda de formulas moderadas que permitan una mejora del bienestar de los trabajadores”, entre las que anunciaba una ley sobre seguro de accidentes de trabajo, un seguro de enfermedad y otro de vejez e invalidez¹¹. El primer seguro social que se puso en práctica en cumplimiento de ese programa no fue el de accidentes de trabajo, sino el enfermedad común, muy probablemente porque la pulsión a la igualdad empujaba a los trabajadores a rebelarse contra un orden social injusto en el que la recuperación de la salud alterada dependía de la riqueza o la pobreza de los sujetos, empujados a buscar los cuidados necesarios en el mercado, un orden que trataba (y de nuevo se está volviendo a ello en muchos países de Europa) a la salud como objeto de tráfico mercantil.

¹⁰ J. Fontana, *El siglo de la revolución...cit.*, p. 636.

¹¹ Puede consultarse en *Papeles de Economía Española* nº 12/13, 1982, p. 117.

3. Las medidas inspiradas por el “reformismo del miedo” que se pusieron en práctica por algunos gobiernos europeos de finales del siglo XIX y primeros años del XX, además de que no atacaban directamente las causas de la explotación extrema de los trabajadores, tenían una eficacia muy limitada por el sistemático incumplimiento de los empresarios y, además, según se ha indicado, convivían con grandes dosis de represión. Es muy expresivo el caso de Pleve, ministro del interior del zar Nicolás II y, por tanto, responsable de la terrible policía política, la *Ojrana*, que fue adalid de una dura persecución de la agitación en los lugares de trabajo, pero también trataba de impulsar medidas contra los abusos de los empresarios en materias como el trabajo nocturno de menores y mujeres o los salarios en especie¹². Si en las relaciones exteriores los gobiernos europeos se deslizaban poco a poco, en una competencia imperialista que venía envuelta en una ideología de militarismo nacionalista, al enfrentamiento bélico, hacia el interior, entre sus preocupaciones más importantes estaba el temor al aumento de fuerza del movimiento obrero. El mismo Guillermo II del mensaje de Bismarck, alarmado por los sucesos de San Petersburgo de 1905, escribió al que era su canciller en ese momento, Bernhard von Bülow: “Antes que nada hay que acabar con los socialistas, decapitarlos e impedir que puedan perjudicar, aunque sea por medio de matanzas. Y después hacer la guerra exterior. Pero no antes y no enseguida”¹³. La guerra, que acabó produciéndose, acabaría encendiendo la mecha que hiciera estallar “los polvorines de explosivos sociales”¹⁴ en que se había convertido Europa en los primeros años del siglo XX.

Hay un amplio consenso entre los historiadores de que las guerras a las que los gobiernos europeos criminalmente condujeron a sus pueblos contribuyeron de forma poderosa a que se desatasen los procesos revolucionarios, en especial la revolución de octubre, que cambiaron el curso de la historia. “La guerra aceleró el desarrollo de las crisis revolucionarias”, aunque no creó sus profundas causas subyacentes¹⁵. La fallida revolución rusa de 1905, antecedente de la de 1917, estuvo influida por la desastrosa aventura militar que supuso la guerra ruso-japonesa, iniciada el año anterior, y que puso de manifiesto la incompetencia y desatino de la autocracia zarista. Las derrotas de los ejércitos y la marina de Rusia

¹² Fue asesinado en un extraño atentado en julio de 1904. Vid. F. Veiga, P. Martín, J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres*, cit., p. 86.

¹³ J. Fontana, *El siglo...*, cit., p. 15.

¹⁴ E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, p. 67.

¹⁵ C. Hill, *La revolución rusa*, Ariel, Barcelona, edición de 2017, p. 27.

se produjeron en medio, y las exacerbaron, de reivindicaciones de mejoras sociales y políticas de los trabajadores de San Petersburgo que inútilmente trataban de ser sujetadas y encauzadas por una organización pseudosindical creada y controlada por la policía política. Tras la declaración de algunas huelgas, el domingo 22 de enero de 1905 se organizó una gran manifestación pacífica a cuyo frente iba un controvertido personaje, un clérigo, el padre Gapón, que portaba un crucifijo y en la que participaban muchas mujeres con sus niños. La manifestación trataba de llegar al Palacio de Invierno, del que se había ausentado el zar, para plantear unas muy modestas peticiones, pero el ejército la disolvió disparando a quemarropa a la multitud indefensa. Los muertos sumaron varios centenares. Las protestas por tan cruel represión se extendieron por todo el imperio y generaron el mayor movimiento huelguístico y de agitación que hasta entonces se había dado en Rusia y, si bien acabó siendo sofocado, minó las ya carcomidas bases de sustentación de la monarquía de los Romanov. Por una parte, los trabajadores se convencieron de que para alcanzar sus reivindicaciones tendrían que hacerlo buscando fórmulas fuera de ese Estado y, por otra, se acentuó un alejamiento de notables élites intelectuales, la llamada *intelligentsia*, algunas de las cuales derivaron hacia posiciones revolucionarias¹⁶. Es sintomático el caso de Rimsky-Kórsakov, que era el director del conservatorio de San Petersburgo cuando se produjeron los sucesos del “domingo sangriento”. Rimsky-Kórsakov no se había distinguido nunca por adoptar posturas políticas, pero cuando los estudiantes del conservatorio se sumaron a las protestas de enero y febrero de 1905 les apoyó, lo que le valió su destitución por las autoridades del cargo de director, en el cual tuvo que ser repuesto tras una huelga de solidaridad de todos los profesores. Su respuesta fue escribir una ópera (la última que compuso), *El gallo de oro*, que es una feroz sátira de la monarquía. Naturalmente la censura prohibió su estreno y su autor no llegó a verla subir a los escenarios al fallecer en 1908.

A partir de 1905 en toda Europa soplaban los envenenados aires de la guerra para la que las potencias europeas se preparaban con políticas de rearme, cuyos gastos mejor empleados hubiesen estado en desarrollar políticas sociales. Rusia, en los inicios del siglo, que gastaba por soldado menos de la mitad que Francia y Alemania, “gastaba diez veces más en su ejército que en educación, y la marina de guerra recibía más fondos que los importantes ministerios de Agricultura y Justicia” lo que no impidió la derrota contra Japón, una derrota que la dejó con enormes déficits y casi en la quiebra¹⁷. Gran Bretaña y Alemania entraron en una

¹⁶ J. Casanova, *La venganza de los siervos. Rusia 1917*, Crítica, Barcelona, 2017, p. 28.

¹⁷ M. MacMillan, *1914. De la paz a la guerra*, Turner, Madrid, 2013, p. 256.

carrera armanentista naval¹⁸ muy costosa por la nueva tecnología y materiales que exigían los modernos acorazados y destructores. Pero se justificaba ante la opinión pública británica en la necesidad de mantener la superioridad de su armada como base de su poder, independencia y control del imperio colonial. Ese enorme esfuerzo “fue un fiasco total. Todo ese costoso armamento apenas salió al mar y no se empleó más que en un gran encuentro, la batalla de Jutlandia, de junio de 1916”, que resultó más bien favorable a los alemanes, pero como eran conscientes de que no podrían hacer mucho más en el escenario naval, llevaron los barcos a puerto y “allí quedaron hasta el fin de la guerra”¹⁹, aunque una parte de ellos se usó para amenazar al Gobierno revolucionario ruso.

La política de rearme tenía como complemento el establecimiento de una red de alianzas, supuestamente defensivas, en preparación del conflicto. Por una parte, Gran Bretaña, Francia y Rusia formaron la que se llamó Entente Cordiale, mientras que por la otra Alemania, Austria-Hungría e Italia crearon la Triple Alianza. Cada uno de estos dos grupos acabó arrastrando a su lado a otros Estados. En ese panorama “la polarización del sistema geopolítico europeo era condición previa fundamental para la guerra que estalló en 1914”²⁰.

Los delegados asistentes a las reuniones de la II Internacional trataban de encontrar medios para evitar la guerra, pues sabiéndola inherente al capitalismo, eran muy conscientes de que serían los trabajadores quienes más sufrirían con ella. En el Congreso de Stuttgart de 1907 se adoptó una declaración que era, aún con dosis de generalidad, un programa de acción para la paz²¹. Declaración que en términos muy parecidos se repitió en la reunión de Basilea de 1912. El 29 de julio de 1914 se reunió el Secretariado de la Internacional en Bruselas en donde,

¹⁸ M. MacMillan, *1914. De la paz...cit.*, pp. 175 y ss.

¹⁹ J. Fontana, *El siglo de la revolución*, cit. p. 35.

²⁰ C. Clark, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014, p. 157.

²¹ Esa declaración decía: “Si existe la amenaza de que la guerra estalle, es obligación de la clase trabajadora de los países y Estados, y obligación de sus representantes parlamentarios, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder activo y coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que parezcan más apropiados, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política general.

En el caso de que a pesar de ello estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término enseguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista”.

rodeado de Rosa Luxemburgo y otros dirigentes internacionales, el socialista y pacifista francés Jean Jaurès habló de nuevo contra la guerra en un intento casi desesperado para detenerla. El 31 de julio un ultranacionalista lo asesinó²² y los parlamentarios socialistas alemanes, el 4 de agosto, el día en que las tropas alemanas entraban en Bélgica, votaron los créditos de guerra y cosa parecida hicieron los homónimos franceses poco después. El argumento fue que era una guerra defensiva. Tales sucesos significaron un rotundo fracaso del movimiento obrero, que desde entonces no ha podido superar los devastadores efectos del nacionalismo. Pero hay que destacar que los bolcheviques, como se indicará más adelante, fueron escrupulosos cumplidores de esas declaraciones de la II Internacional.

La Gran Guerra, como se la conoció, inauguró una época de destrucciones y matanzas desconocidas hasta entonces. Los altos mandos militares se comportaron con una brutalidad despiadada, no solo contra los enemigos, sino también contra sus propios soldados²³. No dudaron en recurrir a consejos de guerra amañados e injustos para encubrir los fracasos militares debidos a su ambición e incompetencia, que se hacían evidentes cuando, con gran desprecio por la vida humana, ordenaban temerarios ataques, que en nada contribuían a una victoria o ventaja estratégica pero que mandaban a la muerte a cientos de personas. Con la aplicación sumaria de la ley marcial condenaron al pelotón de fusilamiento a pobres soldados, con frecuencia elegidos al azar. La mayoría de esos asesinatos se encubrían como bajas producidas en el campo de batalla para no despertar recelos en la opinión pública. Las medidas disciplinarias extremas también estaban dirigidas a sofocar los intentos de confraternización entre los soldados beligerantes, por pensar que estaban inspirados por revolucionarios incorporados a filas, así como contra la insubordinación y las desertiones, cada vez más abundantes a medida que pasaba la guerra²⁴. Aquella guerra fue una

²² Fue exculpado poco después del armisticio de 1918.

²³ La brutalidad de aquella guerra está magistralmente expuesta en algunas obras literarias, como las páginas autobiográficas de Robert Graves, *Adiós a todo eso*, en donde con una aparente fría distancia relata el sinsentido de la guerra y la crueldad con que eran tratados los soldados en las trincheras, en donde sirvió como oficial y fue herido de gravedad. También en las estremecedoras y desesperanzadas páginas del *Viaje al fin de la noche*, de Luis-Ferdinand Cèline o en la conocida película de Stanley Kubrick, *Senderos de Gloria*, basada en la novela de Humphrey Cobb, *Path of Glory*.

²⁴ Mientras se producían los sucesos revolucionarios en Rusia, en el frente occidental a finales de abril y principios de mayo, se sublevaron varias divisiones francesas que

auténtica hecatombe, con una pérdida monstruosa de vidas humanas, tanto de soldados como de población civil y cuyo final “no se decidió en los campos de batalla, sino que fue consecuencia de la crisis interna que el cansancio de la guerra estaba produciendo en las sociedades de Alemania y Austria, agravada por el ejemplo ofrecido por la revolución rusa”²⁵. Una crisis que sobrevinía por el ultraje al sentimiento de igualdad y a la noción de justicia que se iba evidenciando por las duras condiciones de vida, tanto en las ciudades como en los frentes de batalla en donde los trabajadores movilizados eran convertidos en carne de cañón.

4. Fue en Rusia en donde la crisis alcanzó mayores cotas. Allí las autoridades llegaron a movilizar más de 15 millones de soldados, la mayoría campesinos, lo que no impidió que el ejército sufriera terribles derrotas con numerosas bajas (se calcula que hubo más de dos millones de muertos), mientras que los oficiales, mayoritariamente pertenecientes a la aristocracia, trataban a la tropa con una dureza y desprecio que acabaría volviéndose contra ellos minando su autoridad. La administración del Estado era caótica y corrupta, los alimentos no llegaban ni al ejército ni a los ciudadanos. Desde la revolución de 1905 la legitimación de la monarquía absoluta del zar Nicolás II estaba socavada. En medio de ese panorama fueron las mujeres las que pusieron en marcha el proceso revolucionario que “estremeció” el mundo, para usar misma palabra que John Reed. El 23 de febrero de 1917²⁶, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, en Petrogrado estalló una huelga de las trabajadoras textiles y se formó una gran manifestación que protestaba por la carestía de alimentos, la especulación y contra la guerra misma. El 25 ya se había convertido en una huelga general, pero a diferencia de 1905, los soldados y policías, aunque algunos pocos inicialmente dispararon contra los manifestantes, se rebelaron y se unían a los trabajadores que empezaron a organizarse en las fábricas en consejos, *soviets* en ruso, para ejercer una forma de control. La experiencia de los *soviets* venía de la

se alzaron con banderas rojas. Esas sublevaciones fueron reprimidas con millares de detenciones y condenas. Cfr. F. Veiga, P. Martín y J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres*, cit., p. 327.

²⁵ J. Fontana, *El siglo de la revolución*, cit., p. 45.

²⁶ Hasta enero de 1918 Rusia se regía por el calendario juliano, que iba con 13 días de retraso sobre el gregoriano que se usaba en la mayoría de los países de Europa. El 23 de febrero era el 8 de marzo en los países del calendario gregoriano.

revolución de 1905 cuando se formaron comités de huelga que elegían a un comité de la ciudad para coordinar el movimiento huelguístico.

El zar, que había marchado al cuartel general del ejército a unos cientos de kilómetros de la capital, ordenó por telegrama tomar medidas represivas para controlar la situación, pero los soldados confraternizaban cada vez más con los manifestantes y con los trabajadores que se apoderaron de las armas. “Los disturbios de los días anteriores dieron paso a una revolución que se iniciaba en el corazón de las fuerzas armadas del Estado zarista. Quienes mandaban habían perdido la autoridad y los insurrectos estaban ahora armados”²⁷. El 2 de marzo Nicolás II abdicó en su hermano Miguel, que no aceptó la corona porque se veía sin apoyos. La monarquía centenaria de los Romanov dejó de existir. No fue una renuncia voluntaria, sino un derrocamiento.

A partir de ese momento hubo una aceleración de los acontecimientos, que están magistralmente narrados por John Reed. Se formó un Gobierno provisional formado por partidos liberales y socialistas moderados que representaba mayoritariamente a la burguesía y las clases acomodadas, presidido por el príncipe Lvov y, de forma paralela, los *soviets* de obreros y soldados formaron el *Soviet* de Petrogrado. No era tanto una situación dual de poder, sino, como reconoció el Ministro de la Guerra del Gobierno provisional “nosotros no tenemos autoridad, solo la apariencia de autoridad; el verdadero poder reside en el *Soviet*”²⁸. No otra cosa podía ser desde que el 28 de Febrero el *Soviet* publicase la Orden Nº 1 que “estableció la constitución de comités de soldados como contrapeso democrático a la autoridad de los oficiales. Declaró que los soldados reconocerían sólo la autoridad del Soviet de Petrogrado”²⁹.

Todo proceso auténticamente revolucionario desata unas fuerzas sociales que actúan con una gran creatividad. Eso fue lo que ocurrió con la revolución rusa, que fue un movimiento de obreros, soldados y campesinos que construyeron en torno al *soviet* un auténtico poder popular mientras los más importantes líderes bolcheviques y mencheviques estaban en el exilio cuando los sucesos de febrero³⁰. El *soviet* implicaba una nueva forma de entender la democracia en un

²⁷ J. Casanova, *La venganza...*cit., p. 78.

²⁸ J. Casanova, *La venganza...*, cit., p. 84.

²⁹ O. Figes, *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, 2010, reimpresión de 2014, p. 378.

³⁰ Eran las dos corrientes del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso que se formaron en su segundo congreso de 1903. Bolchevique significa mayoritario y menchevique minoritario.

país sediento de ella y harto del poder de la nobleza y los terratenientes, un país, no hay que olvidar, que no abolió la servidumbre hasta 1861. La revolución desató unas fuerzas creativas extraordinarias y el *soviét* es una de sus grandes creaciones que tuvo una gran influencia más allá de las fronteras rusas, en especial en la Alemania de Weimar. A través de los *soviets* los trabajadores consiguieron una mejora de las condiciones de trabajo, vigilaron la producción para evitar que los patronos incurrieran en el sabotaje, controlaban el suministro de materias primas o regulaban el orden laboral, la contratación y los despidos³¹. Esta nueva organización se extendió pronto por todo el país. Si “a finales de mayo había en Rusia unos setecientos soviets [...] en octubre, la cifra había subido a 1.500, de los que 455 eran sóviets de delegados campesinos. Se creó una asamblea nacional, “El Congreso de Soviets de todas las Rusias”, que confirió legitimidad a toda la estructura”. El apoyo a los cambios revolucionarios hizo que el campo no pudiera convertirse en bastión del antiguo régimen³².

La revolución desató un enorme dinamismo en la cultura y el arte generando discusiones sobre el papel del artista en la sociedad y la función del arte³³. Los artistas que ya estaban sumidos en las corrientes de las vanguardias europeas iniciadas antes de la revolución, como el constructivismo y el suprematismo, toman nuevo impulso al entender que sus búsquedas estéticas ahora iban acorde con los nuevos tiempos. Artistas como Malevich, Popova, Ródchenko o Tatlin se implicaron en el proceso revolucionario y hoy, entre tantas cosas, emocionan los objetos útiles que diseñaron algunos de ellos, a pesar de las dificultades, para la vida cotidiana como textiles, tazas, platos, mesas y sillas. El cine y el teatro, aún en un contexto de escasez, hambre y dificultades materiales extraordinarias, conocieron un extraordinario impulso y vienen a la mente nombres como los de Eisenstein, Lunacharski o Meyerhold. Al mismo tiempo, como Reed destaca, se desató una pasión política y unas ganas de participación en los asuntos colectivos extraordinarias. Había debates de continuo por las calles y un profundo sentimiento de la dignidad conquistada, como es el caso de los camareros y camareras de los cafés y restaurantes que pusieron carteles contra las propinas reivindicando su dignidad de trabajadores.

³¹ O. Figes, *La Revolución...*cit., p. 418.

³² J. Casanova, *La venganza...*, cit. p. 88.

³³ R. Ferré, “En el frente revolucionario del arte. Creación y experimento en la primera cultura soviética”, en J. Andrade y F. Hernández Sánchez, *1917. La Revolución rusa...*cit., p. 154 y ss.

El Gobierno provisional decretó una amnistía y eliminó la censura pero no tocó las estructuras del estado zarista, al tiempo que pretendía continuar la guerra. Los socialistas en la coalición gubernamental compartían esta postura y consideraban que había que consolidar una república burguesa hasta que se dieran las condiciones para llegar al socialismo, una postura que, incluso, compartían algunos bolcheviques, entre los que se encontraba Stalin, lo que escandalizó a Lenin en su viaje de regreso desde el exilio. A su llegada en abril, en su primer discurso en la estación Finlandia, lanzó la consigna que fue pronto asumida por la población: “Paz, pan y tierra”. A partir de ese momento consiguió que los bolcheviques la hiciesen suya y, de ese modo, llegaron a conseguir más adelante la mayoría en los *Soviets*. La gente se alejaba cada vez más del Gobierno provisional.

Si el Gobierno provisional se había formado en los salones, los bolcheviques se implicaron en el movimiento que desde abajo impulsaba a los soviets. Rápidamente se fue produciendo un alejamiento de los trabajadores de los socialistas que formaban parte del Gobierno cuando comprobaban que éste se deslizaba en favor de los intereses de las clases acomodadas liberales de derecha, no traía mejoras de las condiciones de trabajo y vida, e insistía en la continuidad de la guerra. Frente a ello, la consigna: “paz, pan y tierra” fue hecha suya por la gran mayoría de la población harta de la guerra y del hambre, mientras los campesinos, muchos de ellos convertidos en soldados y politizados en las trincheras, que habían vuelto a sus lugares de origen, sentían insostenible la continuidad de los latifundios, siendo ellos los que tenían que trabajarlos. La ocupación de fincas y saqueos de mansiones fue en este periodo una práctica frecuente y las clases acomodadas exigían al Gobierno respuestas represivas contra ella, pero era impotente.

El alejamiento entre el Gobierno provisional y la población era cada día más evidente, agravado por los infructuosos intentos de conseguir una situación más ventajosa en la guerra por medio de alguna ofensiva, lo que provocó grandes movilizaciones de repulsa en la capital que fueron contestadas con medidas represivas contra los bolcheviques, a los que se suponía instigadores, cerrando sus periódicos y mandando a la clandestinidad o al exilio a sus principales dirigentes. El príncipe Lvov acabó dimitiendo en julio y le sustituyó el socialista Kerenski. Su Gobierno, y el mismo, acabaron implicados durante el mes de agosto en un intento de un golpe de estado de derechas dirigido por el general en jefe del ejército, Kornilov, al que poco después intentó oponerse. Kornilov y sus tropas fueron derrotados en septiembre, pero “no por Kerenski y su gobierno, sino por los soldados y los obreros, dentro y alrededor de Petrogrado, a quienes

los bolcheviques, a través de los soviets, movilizaron”³⁴, lo que aumentó el ya alto prestigio de aquellos.

A partir de ese momento se hizo evidente que no existía el doble poder del Gobierno y de los soviets para ser sólo el de estos últimos, pero una parte de la burguesía rusa, como cuenta bien Reed, para librarse de la revolución, tenían puestas sus esperanzas en que las tropas alemanas tomaran Petrogrado e impusieran un gobierno de los propietarios. Como en tantas otras coyunturas históricas, la burguesía sacrifica el nacionalismo y patriotismo, que agita en los inicios de las guerras, cuando están en juego sus intereses. No era algo absurdo, porque los alemanes, con la aquiescencia británica, habían desplazado por el Báltico de forma amenazadora parte de su flota y cabía la posibilidad que los mandos de la armada y el ejército rusos se entregasen a ellos para no hacerlo a la revolución. Sin duda esta situación pesó para que, tras muchas dudas anteriores, los bolcheviques decidieran tomar el poder y hacer coincidir el poder formal con el poder real dando cumplimiento a la consigna: ¡*Todo el poder para los soviets!*

La toma del Palacio de Invierno, sede del Gobierno, se hizo coincidir con el segundo Congreso de los Soviets de todas las Rusias, el 25 de octubre, y no fue un acontecimiento épico de grandes masas en acción, como relata muy bien Reed. No hubo ninguna víctima entre los defensores y solo cinco entre los asaltantes. El edificio del Palacio sufrió solo desperfectos menores. Esa noche todo funcionaba con normalidad en la ciudad, con los tranvías funcionando, los restaurantes, cines y teatros abiertos mientras en el Marinski se representaba la ópera *Borís Gudonov*. Cuando llegó la noticia al Congreso de los Soviets los bolcheviques obtuvieron la mayoría de los votos para la aceptación del poder y se aprobaron los dos primeros decretos: “el de la paz, que hacía un llamamiento para negociar el fin inmediato de la guerra, y el de la tierra, que abolía la gran propiedad agraria y entregaba los latifundios de los nobles, de la corona y de la Iglesia a los comités y soviets de los campesinos locales”³⁵. Sin duda los bolcheviques dieron cumplimiento a las Declaraciones de la II Internacional, cosa que no hicieron los partidos socialistas alemán o francés. La falta de épica en estos sucesos ha servido para que algunos autores liberales hayan criticado a los bolcheviques de actuar como unos conjurados minoritarios que dieron un golpe de estado, pero en realidad es todo lo contrario. La facilidad con que tomaron el poder, repetida en todas las ciudades menos en Moscú, era muestra de la sintonía

³⁴ C. Hill, *La revolución...*cit., p. 111.

³⁵ J. Fontana, *El siglo...*cit. p. 65-66.

con la inmensa mayoría de la población y de que el Gobierno provisional era un mero pequeño castillo de naipes.

El armisticio con Alemania se firmó en diciembre y se iniciaron las conversaciones para el Tratado de paz en Brest-Listov. Trotsky presidía la delegación rusa y alargó las negociaciones hasta el 7 de febrero de 1918 en el que los generales alemanes impusieron la ruptura del armisticio y ordenaron un ataque contra el que no se podían defender los soldados rusos. Esa decisión del alto mando alemán fue debida a que pensaban que ese alargamiento era una táctica para provocar la sublevación de las tropas alemanas³⁶. El Gobierno soviético no tuvo más remedio que aceptar las duras condiciones que le fueron impuestas.

Si la toma del poder fue relativamente fácil, mantenerlo era una tarea mucho más ardua porque había que dar soluciones a una ingente cantidad de problemas, desde un planteamiento radicalmente distinto a todas las experiencias históricas anteriores. Para Rosa Luxemburgo los bolcheviques “se ganaron la imperecedera distinción histórica de haber sido los primeros en proclamar el objetivo final del socialismo como programa directo para la práctica política [...] son los herederos históricos de los *levellers* ingleses y los jacobinos franceses. Pero la tarea concreta que tuvieron que afrontar después de la toma del poder fue incomparablemente más difícil que la de sus predecesores históricos”³⁷. Más allá de algunos planteamientos muy generales no había una elaboración un poco detallada de cómo construir una sociedad socialista.

El primer gran problema fue que la revolución, que tanto Lenin como el resto de dirigentes bolcheviques pensaban se extendería rápidamente a otros países del mundo, no se reprodujo en otros lugares, aunque hubo relevantes fogonazos en Austria, Alemania, Baviera e incluso una efímera república soviética en Hungría. A partir de 1920 la dura realidad mostraba que la tarea con la que se enfrentaban los bolcheviques tenía que ser, contra todo pronóstico, la de construir un estado socialista en un solo país en tanto que la revolución mundial se fuera produciendo, un problema que suscitó profundas controversias y condicionó el curso de la revolución.

5. Es casi imposible encontrar experiencias históricas en las que clases propietarias se presten sin resistencia a su eutanasia. Los hechos, muy por el

³⁶ O. Figes, *La revolución...cit.*, p. 602.

³⁷ R. Luxemburgo, *La Revolución rusa*, Página indómita, Barcelona, 2017, pp. 78 y 79.

contrario, muestran que reaccionan con violencia cuando ven amenazados sus intereses. Eso fue lo que pasó en Rusia “donde apenas hubo derramamiento de sangre en el periodo revolucionario en sentido propio, desde finales de 1917 hasta principio de 1918”³⁸, pero en este último año las clases acomodadas iniciaron una guerra civil, para la que contaron con el apoyo de hasta catorce potencias extranjeras que enviaron tropas al territorio ruso (en especial Francia y Gran Bretaña, que habían sido hacía muy poco aliadas de Rusia) y pertrecharon al ejército blanco. Fue la primera reacción contra la revolución. Aquella guerra generó una ola de extraordinaria violencia entre los contendientes que produjo enormes pérdidas de vidas humanas, tanto por acción directa de las armas, como por las hambrunas consiguientes.

Las fuerzas de la reacción fueron derrotadas y el Ejército Rojo se alzó con la victoria al final de tres agotadores años, que solo se explica por el mayor apoyo que tuvo entre la población frente a los blancos, especialmente entre el campesinado, pero el ataque a la revolución no fue infructuoso. Por una parte obligó a concentrar las energías revolucionarias en el territorio ruso dificultando la extensión de la revolución, por otra dejó al país exhausto, en el que el partido bolchevique perdió a una gran parte de sus mejores militantes que se habían incorporado al Ejército Rojo siguiendo el lema de: “Los comunistas, al frente”. “Donde quiera que los encontraban los blancos fusilaban a los comunistas prisioneros [...] Así murieron muchos miles de obreros muy capacitados, de intelectuales, que eran en potencia los cuadros de mando de la reconstrucción económica y política y con los cuales no pudo contar el régimen soviético a partir de 1921. En consecuencia, ese año, la tarea de los bolcheviques no solo era infinitamente más difícil que en 1918, sino que, además, las fuerzas y apoyos de los que disponía tenían menos experiencia y eran menos de fiar”³⁹. La estructura del Estado creada durante la guerra acabó dando lugar a una cultura “estatalista”, bastante alejada de las iniciales ideas de Lenin y la mayoría bolcheviques de octubre que entendían que las cuestiones del estado deberían ser accesibles y transparentes para todos los trabajadores evitando el autoritarismo de la burocracia. La victoria de Stalin en las pugnas posteriores que se dieron dentro del partido, debe mucho a la incorporación masiva al partido durante la guerra de nuevos miembros, muchos de ellos provenientes de clases populares, en su mayoría campesinas, que no entendían otra forma Estado para tiempos de paz que el surgido con ocasión de la guerra y en el que ellos encontraron un ascenso social. Aquí puede encontrarse una de las razones para explicar el asentamiento

³⁸ M. Lewin, *El siglo soviético*, cit., p. 361.

³⁹ C. Hill, *La revolución...*cit., p. 169.

de la tenebrosa y feroz política represiva estalinista que tantos asesinatos cometió en nombre de la salvación de la revolución⁴⁰.

La segunda reacción fue la financiación y el impulso de las oligarquías de Europa a los movimientos fascistas para frenar la influencia bolchevique. El caso de la República de Weimar es bien expresivo. El 9 de noviembre de 1918 los trabajadores de Berlín se echaron a la calle con la consigna de “pan y paz”, y Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo pretendían seguir una senda parecida a la de los soviets, pero los representantes del ala mayoritaria del partido socialdemócrata proclamaron una república que se basó en el respeto a un pacto entre el jefe del ejército imperial derrotado, Groener, y Ebert, el presidente del partido socialdemócrata, que sería el primer presidente de la nueva república. Fue la opción de Groener para evitar “una revolución bolchevique”⁴¹. Sin duda veía el bolchevismo en la idea consejista (soviets) que había calado en la clase obrera europea, en especial en Alemania, en donde “el movimiento consejista ya no aparece como una mera acción preparatoria para la futura batalla principal, sino como el verdadero y definitivo comienzo de esa batalla decisiva misma [...] la voluntad fuerte y decidida de *revolución social*’ que llevaría a transformar la economía capitalista en una “comunidad del trabajo” en la que los trabajadores fuera ciudadanos en plenitud de sus derechos⁴². Pero los Consejos que diseñó la Constitución de Weimar (que por otra parte tanta importancia ha tenido en la historia del constitucionalismo social) y la legislación en su desarrollo no iban en esa línea, sino en la de crear unos consejos económicos con participación del empresario que circunscribía la acción de los trabajadores en una comunidad laboral dentro de la lógica empresarial, lo que implicaba “en realidad a una eliminación total de la idea consejista”⁴³.

El pacto de Ebert y Groener implicaba que la república de Weimar tenía que funcionar con una administración pública, una judicatura y los restos del ejército

⁴⁰ M. Lewin, *El siglo soviético*, cit., pp. 361-363.

⁴¹ H.Möller, *La República de Weimar. Una democracia inacabada*, Antonio Machado Libros, Madrid, 2012, p. 42. El Kaiser, que estaba en Bélgica, huyó a Holanda cuando la comunicaron que en el alto mando del ejército no estaban seguros de que los soldados que le custodiarían de vuelta a Alemania para una hipotética salvación de la monarquía, no se amotinaran y lo hicieran prisionero.

⁴² K. Korsch, *Lucha de clases y derecho del trabajo*, Ariel, Barcelona, 1980, p. 112. Este libro fue publicado en 1922 para los miembros de los consejos de empresa.

⁴³ K. Korsch, *Lucha de clases...*, cit., p. 129.

que estaba todo ello ligado antiguo régimen guillermino⁴⁴. Con algo más que la tolerancia del gobierno socialdemócrata se formaron los *Freikorps*, una organización ultranacionalista paramilitar, supuestamente ilegal, que sería la base más tarde de la guardia de asalto de Hitler, que se dedicó a asesinar en primer lugar a dirigentes de la izquierda y más tarde también a algunos exponentes del centro político, como el ministro Rathenau. Los *Freikorps* contaban con “el total apoyo de Noske”⁴⁵, el socialdemócrata ministro del interior de la república. En enero de 1919 asesinaron a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. “El Gobierno de Bonn –en este y otros aspectos parece demasiado ansioso por revivir los rasgos más siniestros de la república Weimar- ha afirmado recientemente [esto lo escribió Arendt en 1966] que gracias a los *Freikorps* se impidió que Moscú incorporase toda Alemania al Imperio rojo después de la Primera Guerra Mundial, y que el asesinato de Liebknecht y Luxemburgo fue totalmente legal, “una ejecución de acuerdo con la ley marcial”⁴⁶.

6. Las democracias liberales europeas, no solo eran tibias con el fascismo, sino que seguían sin ofrecer soluciones a las aspiraciones de una auténtica ciudadanía de los trabajadores. El ejemplo de Gran Bretaña es muy revelador porque, tras la cortina de la no intervención, adoptó una cínica política de apoyo al golpe de estado fascista contra la II República española, que al fracasar derivó en la cruenta guerra civil. Esa política la justificaron los Gobiernos conservadores de Baldwin y su ministro de asuntos exteriores Eden con la falsa excusa de evitar un Estado soviético en el sur de Europa. Establecer un régimen soviético en España no estaba en las perspectivas de los partidos que formaron el gobierno del Frente Popular de febrero del 1936. Sus objetivos eran poner en práctica reformas moderadas que llevasen al país a la modernidad superando injusticias y atavismos seculares. Reformas en materias laborales y de seguros sociales, de educación o la siempre inconclusa reforma agraria, que se habían iniciado en 1931 y fueron

⁴⁴ Es muy conocido el trabajo de Kahn-Freund en el que desvela la ideología cercana al fascismo que emerge en la jurisprudencia del Tribunal de Trabajo del Reich. Vid. “L’ideale sociale della Corte del Lavoro del Reich (1931)”, en G. Arrigo y G. Vardaro *Laboratorio Weimar*, Edizioni Lavoro, 1982, pp. 165 y ss.

⁴⁵ H. Arendt, *Prólogo...cit.*, p. 17.

⁴⁶ H. Arendt, *Prólogo...cit.*, p. 17.

interrumpidas con el gobierno de derechas de 1933, cosa que era bien conocida por los servicios secretos británicos⁴⁷.

Lo que no calcularon bien quienes alentaron los fascismos es que los problemas que dieron lugar al estallido de la Gran Guerra no solo no seguían resueltos, sino que más bien se agravaron en un ambiente con altas tasas de desempleo. Esos problemas fueron el caldo de cultivo en el que crecieron los fascistas hasta provocar la Segunda Guerra mundial, en la que las destrucciones y masacres volvieron a superar con creces todo lo conocido y de la que la guerra civil española fue su prólogo. Resulta espeluznante solo recordar los bombardeos de ciudades como Londres, Coventry, Hamburgo o Dresde en los que la población civil era el directo objetivo militar, cosa que desde entonces se ha hecho habitual ante la insensibilidad de la gente que lo ve los bombardeos por televisión. Mucho más espanto produce recordar el sitio durante 872 días de Leningrado, en el que la táctica de los nazis era llevar, de modo consciente y calculado, a una muerte por hambre y frío a la población. Murieron 1.200.000 personas, más del 90 por ciento por hambre.

Es indudable que la contribución de la Unión Soviética y del Ejército Rojo resultó determinante para la derrota del nazifascismo. “Sin el mundo surgido de la revolución el fascismo no hubiera sido derrotado, al menos tan pronto”⁴⁸. La foto de los soldados soviéticos colocando la bandera roja con la hoz y el martillo en el Reichstag sin duda dio un prestigio entre todos los trabajadores del mundo a la Unión Soviética, que tuvo que pagar el precio de más de 27 millones de muertos y sufrir la estrategia de “tierra quemada” aplicada por el ejército alemán, que destruía todo lo valioso que pudiera haber en el territorio durante su retirada. Apenas 20 años después de la guerra civil otra guerra asoló aquel país.

Acaba la guerra mundial las clases dirigentes del “mundo occidental” eran conscientes de que la URSS se había consolidado como una potencia, y de que

⁴⁷ Los servicios secretos británicos tenían información fidedigna de que las orientaciones del Comintern al partido comunista español era la de la alianza con otros partidos burgueses reformistas y con los socialistas para mantener una república “burguesa”. A pesar de ello, Inglaterra fue la base de las operaciones diplomáticas, financieras y logísticas del golpe de los militares sediciosos. Cfr. A. Viñas, *La conspiración del General Franco y otras revelaciones de una guerra civil desfigurada*, Crítica, Barcelona, 2011, pp. 129-246.

⁴⁸ J. Andrade, “Los tiempos de la revolución rusa (1917-2017)”, en J. Andrade y F. Hernández Sánchez, *1917 La Revolución...*, cit., p. 7. Habría que añadir que con la anomalía española de la que más adelante algo se dirá.

poco antes de la guerra se había extendido entre la mayoría de la población de sus respectivos países el convencimiento de que “solo una democracia completamente refundada podía constituir una causa por la que luchar; y desde luego no por una democracia “liberal” que tras haber prendido la mecha de la tragedia de 1914, se deslizaba ahora a un compromiso con el fascismo”⁴⁹. Esa consciencia llevó a una nueva y doble reacción, por una parte el reformismo del miedo vino a expresarse en la fórmula constitucional del Estado Social y Democrático de Derecho y, por otra, dio inicio a la llamada “guerra fría”, uno de cuyos productos fue la Unión Europea.

No es pertinente aquí hacer una digresión, aún mínima, sobre el Estado Social y Democrático de Derecho, baste decir que es una nueva configuración del Estado, producto de un pacto social pluriclasista, en el que los poderes públicos asumen entre sus funciones hacer posible el avance en el camino de la igualdad real removiendo, si fuera preciso, los obstáculos que lo impidan, pero dentro de una economía de mercado que respeta la libre empresa y la propiedad privada, aunque sujetas estas al interés general. La cláusula social del Estado Democrático implica el reconocimiento de los derechos sociales y la aceptación de una vertiente social en los tradicionales derechos de libertad individual. Las políticas que en aplicación de ese pacto social se pusieron en práctica en Europa dieron lugar a que el desarrollo económico estuviera acompañado del reconocimiento del sindicato como representante del interés colectivo de los trabajadores, una redistribución de rentas, derechos en la relación de trabajo y garantías de la existencia mediante extensivos Sistemas de Seguridad Social y otras políticas sociales de bienestar. Hay una búsqueda de una nueva idea de libertad que no puede entenderse separada de la igualdad, algo que ha estado en la esencia del derecho del trabajo⁵⁰. “Pocas dudas pueden haber de que la sola existencia de la URSS explica en buena parte el que las viejas clases rectoras occidentales se allanaran, mal que bien, en la posguerra a tolerar la construcción de los Estados democráticos y sociales de derecho y a prestar menos resistencia a los procesos de descolonización que se desarrollaron en todo el planeta”⁵¹. Es un inopinado resultado de la revolución de octubre.

⁴⁹ L. Canfora, *La Democracia. Historia de una ideología*, Crítica, Barcelona, 2004, p. 188.

⁵⁰ U. Romagnoli, “La libertad según la Carta de Niza”, *Revista de Derecho Social*, nº 45 (2009), p. 16.

⁵¹ A. Domènech, “El experimento bolchevique...” cit., p. 127.

Después de la segunda guerra mundial se atisbó la posibilidad de construir en toda Europa (este y oeste) un nuevo orden basado en los derechos sociales en libertad, una “tercera vía económica, ni socialista ni capitalista, en la que se preveía como una larga etapa de transición al socialismo”⁵², pero en lugar de ello lo que vino fue la guerra fría. Algunos políticos británicos y militares norteamericanos, antes de acabar la guerra, consideraban que el próximo enemigo era la URSS y no desdeñaban un inicio de hostilidades bélicas contra ella, pero los dirigentes norteamericanos, que ya no eran los del *New Deal*, conscientes de que la gran potencia del mundo ahora eran los Estados Unidos, optaron por frenar la expansión del socialismo, que supuestamente alentaba la URSS en todo el mundo, imponiendo un orden mundial basado en unos principios norteamericanos, “predicados como de validez universal”⁵³. La confrontación directa quedó descartada, entre otras cosas porque supondría la guerra nuclear, pero no los conflictos locales, como la guerra de Corea o después la de Vietnam. Pusieron en marcha un aparato de propaganda y de control ideológico fenomenal que presentaba a los Estados Unidos como campeón del “mundo libre” enfrentado contra el comunismo, pero ese “mundo libre” era compatible con dictaduras de derechas⁵⁴, como mostraba el firme apoyo de los Estados Unidos a la dictadura franquista. En realidad no se trataba de la defensa del mundo libre, sino de la defensa del sistema de libre empresa, de las ya grandes empresas, para no decir del capitalismo. La guerra fría fue un instrumento en los dos bandos de control social, pues “el miedo al enemigo externo –el comunismo internacional, por un lado; el imperialismo capitalista, por el otro- servía de justificación para exigir obediencia y combatir despiadadamente a los enemigos internos, reales o imaginarios”⁵⁵.

Las circunstancias de Europa eran excepcionales por muchas razones, pero en especial por la cercanía del otro bloque, y “para bien o para mal [...actuaron] como comadrona de la prosperidad europea occidental a mediados del siglo

⁵² J. Fontana, *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Pasado y Presente, Barcelona, 2011, pp. 94 y 95.

⁵³ J. Fontana, *Por el bien del imperio...cit.*, p. 91.

⁵⁴ Los ejemplos son abrumadores: La invasión de Guatemala contra el gobierno democrático de Árbenz que osó cobrar impuestos a la United Fruit Co., la imposición de una dictadura en Grecia, el apoyo al cruento golpe de estado en Indonesia contra Sukarno, el asesinato de Patricio Lumumba... La lista es enorme y en todos los continentes hasta las dictaduras en Latinoamérica de los años 70.

⁵⁵ J. Fontana, *El siglo...cit.*, p. 306.

XX⁵⁶, a la que las Comunidades Europeas (después Unión Europea) contribuyeron de forma decisiva. Hobsbawm mantiene que “la guerra fría creó la Comunidad Europea con todos sus problemas, una forma de organización política sin ningún precedente”⁵⁷, en la que sus cuatro libertades económicas fundamentales de libre circulación de mercancías, capitales, personas y prestación de servicios y establecimiento, convivían en un delicado equilibrio inestable con el respeto a los derechos sociales propios del Estado Social y Democrático de Derecho instituido en las constituciones de los Estados Miembros. Cuando el muro de Berlín ha caído y la guerra fría terminado, ese equilibrio se ha roto, y la política de la Unión se orienta a la satisfacción de los intereses del capital financiero con sacrificio de los derechos sociales, en especial en los países del sur de Europa. Pero eso está llevándola a una crisis de la que no se ve bien cuál es la salida.

En los inicios de este siglo XXI se ha evidenciado que el progreso en el camino hacia la igualdad, sin la que no puede haber libertad, no es ininterrumpido, sino que, por el contrario, hay retrocesos. Hoy hay una degradación del valor social del trabajo, una exaltación de la empresa y un reforzamiento de los poderes empresariales que poco a poco convierten a aquellas en feudos de autoritarismo, de tal manera que las aspiraciones igualitarias son derivadas a la esfera de la distribución y a la prestación de servicios por el Estado. Unos servicios cada vez más escuálidos, lo que conlleva, no solo un debilitamiento de la idea misma de igualdad sustancial⁵⁸, sino una degradación de la democracia.

El capitalismo realmente existente está haciendo aumentar la desigualdad de forma escandalosa⁵⁹ y expropiando a la ciudadanía derechos conseguidos tras duras luchas por generaciones precedentes, que se creía formaban parte de una consolidada civilidad, que, como se ha indicado antes, en algo es deudora de la revolución de octubre⁶⁰. La historia nos muestra que “la realización práctica del

⁵⁶ T. Judt, *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa*, Taurus, Madrid, 2012, p. 44.

⁵⁷ E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, cit., p. 243.

⁵⁸ A. Baylos, “La contracción del Estado Social”, *Revista de Derecho Social*, nº 63 (2013), p. 16.

⁵⁹ Entre otras muchas fuentes basta con consultar el riguroso informe de Oxfam de enero de 2017, *Una economía para el 99 %* en el que se muestra que desde 2015 el 1% más rico de la población mundial posee más riqueza que resto del planeta.

⁶⁰ Precisamente es una refutación de las tesis de algunos historiadores, como Figes, que califica a la revolución como “la tragedia de un pueblo”. Parte del axioma de la indiscutible identificación de la democracia con la democracia liberal y achaca a la Revolución de octubre toda la violencia que se desató en Rusia después de ella. Es casi

socialismo como sistema económico, social y político no consiste en la aplicación de una serie de recetas prefabricadas, sino que se trata de algo que se halla completamente oculto en las nieblas del futuro”⁶¹. El esfuerzo para despejar esas nieblas lleva a la movilización y a la acción para acabar con las situaciones de injusticia y explotación, antes y ahora. En 1920 Karl Kraus, en su revista *La Antorcha*, publicó una hermosa y delicada carta escrita en 1917 por Rosa Luxemburgo desde la cárcel, en la se mostraba conmovida por el brutal maltrato infringido a unos bueyes que arrastraban por el patio un carro de provisiones. También publicó la airada y arrogante respuesta de una latifundista. Por su parte escribió: “Si las llamadas repúblicas se decidieran a transmitir la carta de Rosa Luxemburg a través de sus libros de texto a las generaciones que se están formando, deberían publicar junto a ella también la carta de esta furia, con el fin de enseñar a la juventud no solo el respeto al carácter sublime de la naturaleza humana, sino también repugnancia a su bajeza”. Y añadió: “Que el diablo se lleve la praxis del comunismo, pero que Dios nos lo conserve como amenaza constante sobre las cabezas de aquellos que poseen fincas y que, con el fin de mantenerlas y con el consuelo de que la vida no es el más alto de los bienes, querrían mandar a todos los demás a los frentes del hambre y del honor patrio”⁶².

Joaquín Aparicio Tovar es catedrático de Derecho del Trabajo de la Universidad de Castilla-La Mancha. Autor, entre otras publicaciones, de los libros *Historia de la prevención de los riesgos laborales en España* (2007) e *Introducción al derecho social de la Unión Europea*. Joaquin.Aparicio@uclm.es

como decir que los bolcheviques fueron culpables de la guerra civil porque tuvieron la osadía de dar el poder a los soviets y no dejar que las fuerzas de la derecha gobernasen el país. Tenían que haberse resignado con las situaciones de explotación

⁶¹ R. Luxemburgo, *La revolución rusa...*cit., p. 117.

⁶² K. Kraus, *La Antorcha. Selección de artículos de Die Fackel*, Acantilado, Barcelona, 2011, pp.402-403.